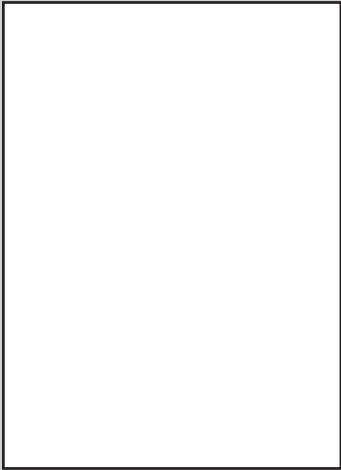


El amor no existe, de Carlos Alberto Celis

Nelson Romero Guzmán
Poeta colombiano



El amor no existe fue la novela ganadora, en 2008, de la XI Biental Nacional de Novela José Eustasio Rivera, convocada por la Fundación Tierra de Promisión de la ciudad de Neiva. En estas 254 páginas otra vez se pone a prueba la agilidad narrativa de su autor Carlos Alberto Celis Victoria, no sólo por el ritmo de la escritura, sino por el manejo de la historia contada. La novela desarrolla el acontecer vertiginoso de dos personajes subsumidos el uno al otro en un ambiente de amor y crueldad, los cuales desembocan en un plano de la existencia que pone en crisis el concepto y la vivencia del amor, la felicidad, la vida conyugal, la sociedad y sus valores, el individuo, el sexo y las pasiones. Leticia Riazcos, una psicóloga que trabaja en un diario de la ciudad de Buga, y Juan Enrique, un abogado prestigioso que huye de la justicia por el crimen de sus dos esposas, se hacen cargo

no sólo de cuestionar el amor en una sociedad del mercado sexual y los *otros* mercados, sino de darle vida a los episodios mejor logrados en el libro. Los crímenes cometidos por Juan Enrique no decaen en el manejo de una descripción aberrante, como se ha impuesto en algunos estilos de la novela colombiana presente, que narra hechos de sangre con preeminencia de la crónica amarillista y el relato escatológico. *El amor no existe* logra, literariamente, una pieza limpia gracias a ese velo tenue que cubre a sus personajes en una atmósfera de realidad e irrealidad, permitiendo que el fondo oscuro de la vida de los protagonistas no se haga torpe, directo y grotesco. Hace atractiva la narración de la historia el recurso ideado por el autor, en este caso, la declaración de amor de Juan Enrique a Leticia Riazcos –antigua compañera de universidad y amante que aparece en su vida 11 años después. Esa declaración le da forma a la novela y configura el relato íntimo mediante el cual Juan Enrique le confiesa a Leticia Riazcos el crimen de sus dos esposas y su actual condición de fugitivo. Lo que sigue luego de este trasunto anecdótico, lo que crea el mayor interés para el lector no es el asesinato como fin en sí mismo, sino los motivos existenciales y metafísicos que motivaron al criminal. En este punto, la narración se vuelve paralela y los personajes actúan como máscaras visibles de lo invisible; aquí lo literario se instala definitivamente en la novela. Esa invisibilidad o plano posible creado por el narrador, va apoderándose paulatinamente de Juan Enrique y desvanece en esa misma atmósfera a Leticia. Ese trasluz permite revelarle al lector mensajes ocultos, vidas interiores atormentadas por el amor que empuja al crimen. Se justifica de esta forma la novela con pocos personajes “carneales”, pero con una amplia mirada de mundo. Los protagonistas del primer plano de la ficción –principalmente

Leticia y Juan Enrique—, crean cada uno la dimensión metafísica de *otro* personaje, por eso el narrador cuando habla de Leticia Riazcos se refiere a la “sombra” de Juan Enrique que fue en su pasado y, a su vez, la refiere como el “reflejo”, para expresar su presente; finalmente ella termina comportándose como el reflejo de él y a la inversa. A su vez, Juan Enrique va suplantando su presencia por un ser invisible. Al final de la encubierta declaración, Leticia logra aceptarlo en su apartamento, sabe que él existe en ese lugar, pero ya es un espectro que continúa actuando a través de ella. Aquí Leticia enriquece el diálogo de la novela con dos personajes más, uno supuesto por el lector, con el que ella habla por teléfono, ubicado metafóricamente al “otro lado” de la línea, cualquier desconocido; el otro personaje es la niña que aparece en el espejo de una forma indefinida, figura simbólica, cargada de significación poética que viene a perturbar y a enrarecer la atmósfera de la novela. La niña juega con algo sobre sus piernas. Esa presencia angelical en el espejo de la alcoba de Leticia Riazcos aparece y desaparece como un fantasma y el lector llega a comprender —por sutiles giros que hace el narrador, sin explicar la presencia de la niña en ese escenario—, que puede ser Leticia Riazcos niña burlándose de ella misma con un símbolo fálico, o es también el bello monstruo encarnado de la conciencia de Juan Enrique.

Se preguntará el lector, ¿cómo desarrolla el autor la tesis de que el amor no existe? Su respuesta no es absoluta, ni pretende negar el amor. Su respuesta es estética y provoca algunas conclusiones. El sexo es presentado en el mundo de la ficción como la afirmación de la pareja y a la vez como una mercancía fabricada por la sociedad. Cuando Juan Enrique busca el amor en Leticia, quiere llenar su vacío en la vivencia de “otro amor”, pero ya dentro de unos límites de respeto, en una penumbra donde no se suplanten, pues esa suplantación propició en Juan Enrique sus ideas criminales. El amor, entonces, es una vivencia metafísica, fantasmal y no real dentro del mundo del intercambio. Por ese motivo quitó de su vista a Sofía, asesinándola. Pero este amor al final de la novela es derrumbado por la entrega del uno al otro a través del sexo. Así surge la imposibilidad del amor como lo absoluto. En este punto, la novela de Carlos Alberto Celis adquiere rango filosófico. Juan Enrique, más que un individuo, expresa una conciencia negativa del ser a través del rechazo al amor: “Quizá me urgía hacer algo a favor de mi existencia —sólo aquel que deja de existir supera la humillación natural de ser—. . . opté por ser nadie”. Ese énfasis se vislumbra hasta el final de la novela. Es más, su papel es el de ocultarse de la justicia luego del crimen de sus dos esposas, lo que lo lleva a plantearse un horizonte problemático del mundo donde se ponen en juego la identidad, el anonimato, el doble yo, el disfraz, el olvido de la sociedad y la presencia de Leticia Riazcos como vía para escapar “a otra dimensión”. Pero Leticia también deja de ser ella: “Mientras me llamé Leticia Riazcos padecí mutilación, con la sensación de vivir una libertad prestada”. La soledad de ella la lleva a crear seres metafísicos a quienes ve, personajes transfigurados en la novela que la desvelan desde un espejo al otro lado del teléfono. El amor se le reduce poco a poco en algo minúsculo: “. . . piensa que el amor es un grano de maíz que puede desaparecer de un momento a otro, en el pico de una gallina”.

Juan Enrique decidió asesinar a Doria Sofía, cuando se percató que al parir a su primera hija, había traído con ella a otro ser invisible; ser que se instala en la vida